
La transmisión de la fe: pistas para su comprensión y trabajo pastoral*

Juan Martín Velasco

Repensar la universalidad del cristianismo¹

Hace ya algunos años, iniciaba una reflexión sobre la necesidad de repensar y dar nuevo sentido a la pretensión de universalidad de las religiones llamadas *universales*, nuevo sentido que, a mi entender, les impone el acceso a la conciencia planetaria, la globalización de los problemas humanos y la consiguiente ruptura de los etnocentrismos².

De tal necesidad no se ve excluido el cristianismo. El problema de la transmisión pone de manifiesto una consecuencia más de esa necesidad, y el reflexionar sobre él desde esa perspectiva puede ofrecernos nuevas pistas para reorientar nuestra respuesta al mismo.

Al comienzo de su historia, el cristianismo tuvo que enfrentarse con la *decepción* que supuso a sus primeras generaciones el retraso sine die, al menos previsible para los humanos, de la parusía, del retorno del Señor, que los primeros discípulos pensaban inminente. La acomodación a las

Juan Martín Velasco (Madrid), es profesor de Teología

* Este artículo está tomado del epílogo del libro *La transición de la fe en la sociedad contemporánea*. Ed. Sal Terrae, Santander, 2002. Agradecemos al autor su autosización para publicarlo en este número.

1. Para esta cuestión puede ser útil «Verdadera y falsa universalidad del cristianismo» en *Concilium* 115 (1986), especialmente los artículos de Christian Duquoc y Joseph Comblin.

2 Cf. *El malestar religioso de nuestra cultura*, San Pablo, Madrid, 2000

nuevas circunstancias que imponía ese retraso introdujo en la concepción y la vivencia del cristianismo cambios importantes que tuvieron importancia decisiva a lo largo de toda su historia³.

Pues bien, es posible que el cristianismo de nuestros días se esté enfrentando a una situación parecida en relación con la comprensión de su universalidad. Como las demás religiones universales, el cristianismo, al proponer como destinatarios de su mensaje a las personas como tales, independientemente de la nación, raza o cultura a que pertenezcan, desarrolló una pretensión de universalidad que le llevó a la necesidad de predicar el Evangelio por todo el mundo, anunciándolo a toda criatura. La posterior encarnación del cristianismo en la cultura occidental y la preponderancia que ésta adquirió en relación con el resto de las culturas del mundo, sobre todo en virtud de sus adelantos científico-técnicos, condujo al cristianismo occidental a pensarse como la religión a la que debían terminar convirtiéndose todos los pueblos de la Tierra. Esa misma pretensión de universalidad llevó al cristianismo, en los países cristianos de Occidente, a pensarse como la religión de todos sus miembros, como la religión única, por su condición de universal.

Esta forma de concebir la universalidad ha entrado en crisis en los últimos tiempos⁴. No pocos cristianos viven esa crisis como una nueva *decepción*: la de tener que admitir que el cristianismo, como todas las religiones de la tierra, no puede ser más que una religión particular, junto al resto de las religiones de la historia, forzada por los hechos a convi-

3. Sobre la parusía y su dilación o retraso, véase, como breve estado de la cuestión y primera orientación bibliográfica, K. BERGER, "Parusia", en *Sacramentum Mundi*, Herder, Barcelona 1974, vol. 5, pp. 237-244, especialmente p. 240. Desde otra perspectiva aborda el problema Ch. DUQUOC, *Creo en la Iglesia. Reino de Dios y precariedad institucional*, Sal Terrae, Santander 2001.

4. Sobre la aparición de nuevos movimientos religiosos en la época moderna que pretenden representar una nueva forma de religión universal, basada en la síntesis de las religiones existentes y en el fondo común a todas ellas, cf. J. FIGL, *Die Mitte der Religionen. Idee und Praxis universal religiöser Bewegungen*, Darrnstadt 1993..

vir, a entenderse y a dialogar con todas ellas. A ello conduce la situación de pluralismo religioso en la que ha desembocado la evolución de la historia. Un pluralismo que no se reduce a la constatación de la pluralidad —lo que algunos denominan pluralismo de hecho—, sino que reconoce a los sujetos de esa pluralidad como miembros de pleno derecho de la misma historia, necesitados y capaces de interacción social y dignos del respeto y el reconocimiento que merecen todas las personas y todos los grupos humanos, en una diversidad que, cada vez más, se impone como insuperable en esta etapa intramundana de la historia, presentándola, por tanto, como irreversible.

La toma de conciencia de la nueva situación de pluralismo no elimina en los miembros de las diferentes religiones con pretensión universal su conciencia de ser el camino por excelencia de la respuesta a un Dios que ha seguido la revelación contenida en esa religión para manifestar a los hombres su voluntad eficaz de salvación. Esta conciencia mantendrá viva la necesidad de anunciar y proponer el mensaje de salvación contenido en la propia religión por todo el mundo y en todas las épocas. Pero la toma de conciencia del pluralismo vivido como legítimo e insuperable sí está exigiendo importantes cambios en el ejercicio de esa propuesta y de esa misión. Algunos de esos cambios ya se han producido. Hoy, casi ningún cristiano mantiene la teología exclusivista de las religiones condensada en la interpretación literal del adagio extra Ecclesiam nulla salus. Tal exclusivismo ha sido sustituido por una postura inclusivista, resultado, probablemente inevitable, derivado, por una parte, del hecho de considerar y definir a los otros desde criterios aportados por la reflexión surgida en el interior de una determinada adhesión creyente y, por otra, de ignorar la *lógica* de las proposiciones surgidas de la confesión de la fe, tomándolas por afirmaciones ajenas a todo condicionamiento, y a las que se atribuye el valor de afirmaciones de hecho idénticas a las del lenguaje científico y a las de una muy concreta metafísica.

Por eso los teólogos más sensibles a los problemas que plantean el contexto y el lenguaje intentan superar la forma inclusivista de pensar y orientan la reflexión sobre las religiones hacia el diálogo interreligioso que impone la situación de pluralismo, la perentoria necesidad de entendimiento con los otros, e incluso exigencias de la propia fe que la situación anterior de etnocentrismo religioso había impedido descubrir.

Reconozco que la cuestión merece y requiere algo más que esta alusión apresurada. En este momento me interesa otro aspecto del problema que plantea el pluralismo. A la nueva situación en relación con las religiones de otros pueblos corresponde, en el interior de los pueblos de tradición cristiana, una transformación análoga.

El cristianismo no puede aspirar al maridaje de la transmisión religiosa con la socialización sociocultural

El cristianismo no puede en ellos intentar realizar de forma efectiva la pretensión de universalidad que le anima. Porque también estos países se han tornado pluralistas desde el punto de vista cosmovisional, cultural y religioso. La transmisión de la fe en ellos tiene que asumir la "decepción" que comportan las nuevas posibilidades de realización de su pretensión de universalidad. Ya no puede, por ejemplo, aspirar al maridaje, vigente durante siglos, de la transmisión religiosa con la socialización socio-cultural. De ahí que ésta deba proyectarse como propuesta libre a sujetos libres de elegir entre propuestas diferentes. Con la consiguiente necesidad de justificación de la propia propuesta; con la consiguiente necesidad de mostrar la plausibilidad del mensaje que se pro-

pone; con la necesidad de entrar en diálogo con otras propuestas para evitar caer de nuevo en la lucha por la preponderancia, que siempre amenaza con el peligro de desembocar en guerra de religión.

En este nuevo clima, impuesto por el nuevo contexto, la transmisión deberá recuperar como medio por excelencia la relación interpersonal a que nos hemos referido a lo largo del texto. Una relación que requiere aceptar al interlocutor como verdadero sujeto, respetar escrupulosamente su libertad, consentir su intervención activa en el proceso y estar dispuestos a admitir que su intervención se traduzca en cambios en el resultado final de la transmisión.

Identidad relacional y en diálogo con los otros

Es posible que estas reflexiones sobre la transmisión susciten en algunos el temor a la pérdida de la identidad de lo transmitido. A este propósito convendría recordar cómo una buena teología de la tradición incluye la presencia en ella de rupturas instauradoras como parte necesaria de la misma. A ello conviene añadir ahora que la búsqueda de la identidad puede seguir diferentes caminos. Uno primero surge del temor obsesivo a la disolución de la propia identidad desde el momento en que entra en contacto con el otro, el diferente, y busca su preservación a través del aislamiento, defensivo en algunas ocasiones, que lleva al atrincheramiento que evite el menor contacto con los otros, por medio de la multiplicación de normas y el recurso a todo tipo de cordones de seguridad; aislamiento agresivo y polémico en otros casos, que lleva el deseo de mantener la propia identidad hasta la negación y la eliminación del otro, como sucede en determinadas posturas fundamentalistas. Tal actitud, a fuerza de multiplicar las barreras y las rejas, termina convirtiendo la propia casa en prisión de quienes la habitan. Mantenido con tales procedimientos, la identidad termina fosilizándose y elimi-

nando toda posibilidad de comunicación con el exterior. De esta suerte proceden con frecuencia los grupos sectarios⁵.

Los cristianos, que en algunos períodos de la historia, y especialmente a lo largo de la época moderna, hemos desarrollado una preocupación por la identidad de este estilo, necesitamos redescubrir otra forma de afirmación de nuestra identidad, más acorde con la identidad propia de las personas y la del cristianismo. La persona, en efecto, necesita para ser ella misma, en el sentido más rico y pleno, la relación y la comunicación permanente con el otro, dejándole ser otro, aceptándolo como sujeto imposable e indominable y, como tal, capaz de reconocer al propio sujeto como sujeto y persona en toda su singularidad. A esta dimensión humana de la identidad personal el cristianismo añade la afirmación última de su identidad en un Dios que, lejos de constituir un Absoluto encerrado en sí mismo, existe saliendo permanentemente de sí para dar el ser a la realidad finita, haciendo lugar al otro humano como sujeto libre, capaz incluso de rechazarlo y rehusarle el consentimiento. Un Dios que encuentra su perfección en ser para el otro de sí, a quien establece como otro, y por quien, en Cristo, ha decidido desvivirse.

La identidad así vivida, así buscada, no se afirma en un movimiento de retracción, de aislamiento, autosuficiencia y autarquía plena. Se recibe, por el contrario, del otro y se renueva permanentemente en la relación con él. De ahí que el reconocimiento del pluralismo, que es una forma de reconocimiento de los otros y de aceptación de sus diferencias, lejos de comprometer la realización de la identidad, la renueva y la refuerza.

Un gran hombre de Dios, luterano ecuménico, estudioso lleno de respeto de las religiones de la historia, N. Söderblom, expresaba su vivencia de esta forma de realizar la

⁵ Buena exposición del conflicto entre identidad y pluralismo, tipología de las reacciones más características y exposición de esas reacciones, en P.L. BERGER, *Una gloria lejana*, Herder, Barcelona, pp. 39-64; 86-103.

identidad cristiana cuando repetía, ya en su lecho de muerte: "Yo sé que mi Redentor vive; me lo ha enseñado la historia de las religiones"⁶. Porque, contra lo que afirman los que, por temor, desconocen las religiones y las miran sin el debido aprecio, el estudio de otras religiones, el contacto y el diálogo con sus miembros, lejos de poner en peligro la identidad de la fe cristiana, la purifica, la estimula y la afianza.

Estas consideraciones orientan hacia una forma de pensar y realizar la transmisión de la fe en la que,

en lugar de imponer al otro la propia forma de realizar lo transmitido, el sujeto de la transmisión comienza por aceptar la condición de sujeto del destinatario de la misma y colabora con él en el surgimiento de una nueva forma de realización del cristianismo, en cuya aparición intervienen los dos interlocutores del acto de la transmisión.

"Yo sé que mi Redentor vive; me lo ha enseñado la historia de las religiones" (Söderblom)

Inevitable y legítima pluralidad de realizaciones del cristianismo

Aludiré, para terminar, a otro aspecto importante de la cuestión al que remiten algunos elementos del estudio que hemos ofrecido. Los aspectos de la transmisión que acabamos de subrayar y el carácter sumamente complejo tanto del cristianismo como de la condición de los sujetos que inter-

6. Sentencia referida por Fr. HEILER, biógrafo de N. Söderblom, en su Prólogo a la obra póstuma de éste, *Der lebendige Gott im Zeugnis der Religionsgeschichte*, 1966, p. xx

vienen en ella, junto con la compleja y plural situación cultural y religiosa que vivimos, conduce a la necesidad de destacar la pluralidad de formas de cristianismo que resultan necesariamente del proceso. Puesto que el cristianismo es, a la vez, adhesión personal, forma peculiar de vida, comunidad que la comparte, cultura en la que nace y que, a su vez, produce, conjunto de ritos que sacralizan los pasos importantes de la vida de los sujetos, y sistemas simbólicos que expresan e interpretan la experiencia cristiana, no es extraño que su transmisión produzca tantos tipos de cristianos como enumeran los sociólogos como resultado concreto de los procesos de transmisión.

Algunos responsables de comunidades tienden a no considerar adecuada más que una transmisión que origine en los

La transmisión de la fe es un proceso extraordinariamente lento, siempre inacabado

destinatarios la síntesis perfectamente articulada de todos esos elementos. Pero es muy posible que tal resultado sea un ideal inalcanzable, al menos como

primer paso. Por eso, aquí se impone, en lugar de esas políticas tan frecuentes del todo o nada, actitudes llenas de paciencia que acepten que la transmisión es un proceso extraordinariamente lento, siempre inacabado; que asuman, como una de las tareas de la comunidad que transmite, el acompañamiento de los sujetos en sus diferentes situaciones, hasta conseguir el progreso de todos hacia formas cada vez más perfectas de cristianismo. En este sentido, sería importante, por ejemplo, que, aceptando que la práctica religiosa no agota la vida cristiana, se aceptasen como pasos hacia la

plena transmisión situaciones en las que los sujetos se identifican con la tradición cultural cristiana y la hacen suya, aunque no sea por motivos estrictamente religiosos y cristianos; o que se aceptase como parte importante del proceso de transmisión, sin que ello suponga que se la considere terminada, la situación de quienes, alejados de toda práctica religiosa, optan por una forma de vivir inspirada por los valores cristianos o coincidente con ellos.

Si hasta en el cielo se nos ha asegurado que existen muchas moradas, ¡cuánto más legítimamente serán muchas las formas de realizar el cristianismo, cuando las personas que lo viven son tantas, y tan diferentes las situaciones en que se encuentran y los procesos por los que llegan a él ... ! Naturalmente, la aceptación de esa pluralidad se habrá de traducir en el mantenimiento de un diálogo permanente entre las personas que las encarnan; un diálogo en el que los interlocutores estén dispuestos a dejarse enriquecer por las posturas de los otros, al mismo tiempo que se acompañan los unos a los otros, dispuestos a aportarse mutuamente la sensibilidad hacia otros aspectos y dimensiones del cristianismo, menos desarrollados por ellos, y hacia los que se muestran menos sensibles.

Unos pocos consejos "en voz baja"

Tengo la impresión de que el intento de interpretar el fenómeno de la crisis y de ofrecer alguna explicación al problema que plantea nos ha podido alejar de esos datos que son las concretas experiencias dolorosas de padres, educadores y comunidades cristianas que se enfrentan, en el día a día de sus vidas de cristianos, con las dificultades de la transmisión de la fe en las circunstancias actuales. Ahora bien, estoy seguro de que el problema no se resolverá a golpe de lucubraciones, aunque estén razonadamente fundadas y hayan partido de experiencias reales. La transmisión de la fe es, en

definitiva, un arte delicado y difícil que sólo la práctica enseña y sólo la práctica asidua logra.

Por eso terminaré, abandonando el terreno predominantemente teórico de la reflexión seguida hasta ahora, atreviéndome a proponer, en la voz baja que impone la conciencia de la limitación de la propia experiencia, algunos consejos que me sugiere la práctica de la transmisión efectuada por personas y grupos cristianos con los que, por suerte o, mejor, por gracia, la vida me ha puesto en contacto.

En primer lugar, y contra lo que parecería imponer la gravedad de la situación en que hemos insistido, no nos preocupamos obsesivamente por el problema. Porque hay cristianos tan ocupados por la preocupación que no tienen tiempo ni energías para seguir buenamente transmitiendo la fe que sigue dando sentido a sus vidas. Se nos ha dicho que no debemos estar

«Dios» es una palabra
vacía hasta que la
práctica de quien la
dice la hace realidad

agobiados por el mañana. Tampoco hay que estarlo, pienso, por lo que excede nuestras fuerzas y capacidades. Además, tales preocupaciones suelen proceder, más que del interés desinteresado por el cristianismo, de ese otro interés, sumamente interesado, que provoca en nosotros la preocupación por el número, el prestigio, el futuro de los nuestros, de nuestros grupos. Por último, la preocupación excesiva nos hace estar tan pendientes de los resultados de la transmisión que podemos olvidarnos de lo esencial, que es ser de verdad cristianos que ponen sus cuidados, incluidos sus cuidados por la causa del Reino, en las manos de Dios.

Tengo observado en muchas ocasiones que damos excesiva importancia a las palabras en relación con Dios y con la fe en Él. Olvidamos que lo esencial no es repetir una y otra vez: "Señor, Señor". Ni para quien transmite ni para los destinatarios de la transmisión "Dios", sin la virtud, es una palabra vacía", dijo ya un filósofo pagano y místico. "Dios" y todas las palabras cristianas son palabras huérfanas, carecen de significado, hasta que la práctica, la vida de quien las pronuncia, comienza a hacerlas realidad. Lo primero que una familia, un centro educativo o una comunidad tienen que hacer para transmitir la fe es vivir la fe cristiana. Porque "Dios" no es una palabra que resuma una definición, que condense un concepto. Es una palabra para la invocación y para orientar una praxis determinada. Encontrarse con Él, hacer la experiencia de su presencia, no es convertirlo en objeto de ninguna clase de visión; es aprender a vivir divinamente la vida diaria. Esta vida cotidiana, vivida divinamente, es la mejor palabra de que disponemos para "decir Dios" con pleno sentido. Y cada uno tiene la suya, enteramente personal e intransferible; la que resulta del eco de Dios en cada criatura y en cada vida: "Esos modestísimos mensajes que la divinidad da de su existencia" (E. Sabato). Por eso nadie puede eludir su parte en la transmisión. Y esa parte la ofrece la propia persona, la propia vida, cuando transparente la presencia divina de la que vive.

Me parece igualmente importante que no nos preocupemos por identificar a las personas a las que hemos transmitido la fe ni, sobre todo, por su número. "Sólo Dios conoce a los suyos", decía san Agustín, y sólo Él puede contarlos. A este respecto, confieso que no sé cómo interpretar, ni me atrevo a valorar, los muchos esfuerzos que se hacen, en una Iglesia ya minoritaria y notablemente envejecida, por convocar a los fieles, aprovechando toda clase de ocasiones, a hacer acto de presencia masiva y dejar constancia o dar la impresión, mediante un hábil manejo

de los medios de comunicación de unas fuerzas que después parecen esfumarse al contacto con la vida diaria. Parece como si olvidásemos que las semillas no están para ser expuestas en grandes montones, sino para ser esparcidas por los campos del mundo y germinar en nuevas formas de vida en la sociedad. Si parece que ni siquiera los interesados serán capaces de reconocerse ("¿Cuándo te vimos hambriento y te socorrimos?" ...), ¡cuánto menos podremos nosotros dictaminar quiénes son los convertidos y, menos aún, "nuestros" convertidos! Mejor sería que escuchásemos la invitación: "Tú, ve y haz lo mismo", desentendiéndonos de unos resultados que no nos toca a nosotros evaluar, sino reservar al juicio y, sobre todo, a la misericordia de Dios.

La crisis de la transmisión nos invita a releer con frecuencia la parábola de la cizaña y la buena semilla. Es la parábola de la inagotable paciencia de Dios con los hombres y su mundo. Nunca podremos igualarla, pero tenemos que proponérsela como ideal. La parábola nos invita a descartar esas prisas integristas por identificar el Reino en este estadio de la historia y excluir o declarar excluidos a todos los que no se identifican con el ideal de cristianos que nosotros mismos fabricamos desde nuestra manera de concebir el cristianismo, que probablemente no sea tan perfecta como pensamos.

Por extraño que este consejo nos parezca: no nos preocupemos de convertir absolutamente a todos. Jesús tuvo un traidor entre los Doce, y desde la cruz no convirtió más que a uno de los dos ladrones: el cincuenta por ciento, como parece que dijo con ironía un dramaturgo. Es bueno que en el mundo queden siempre no cristianos, como parece que van a quedar. Para que tengamos su visión sobre nosotros que nos critique, ponga de manifiesto nuestras limitaciones, nos sirvan de testimonio de que el bien es mayor que el que nosotros podemos realizar; para

que nos convenzan de que la verdad es más grande que lo que nosotros sabemos de ella; para que no olvidemos que Dios es más grande que nuestro corazón, más grande que nuestra religión, y que no se deja poseer por nadie, para que pueda ser buscado siempre por todos.

La transmisión de la fe, como la fe misma, es una tarea difícil y compleja. Para llevarla a cabo necesitamos ayuda. Nunca insistiremos bastante en que el único sujeto de la transmisión son las comunidades cristianas vivas, dispersas por el mundo, insertadas en medio de la sociedad en la que viven y dando allí testimonio, con su forma alternativa de vivir, del amor de Dios a los hombres. Bueno es que reflexionemos sobre un tema tan complejo. Pero mejor será que compartamos nuestras experiencias, nuestros progresos, nuestras dificultades e incluso nuestros fracasos, para que no nos falte la mutua ayuda y la mutua edificación.

Porque tales comunidades existen modestas, discretas, generosas, aunque llenas de limitaciones, no necesitamos, al final de nuestra reflexión, engolar la voz para proclamar nuestra esperanza. La esperanza brilla discretamente en ellas. Así lo previó y lo anunció Dietrich Bonhoeffer en momentos personal e históricamente tan duros como los nuestros. Recordaré su texto una vez más:

"No nos toca a nosotros predecir el día pero este día vendrá en que de nuevo habrá hombres llamados a pronunciar la palabra de Dios de tal modo que el mundo será transformado y renovado por ella. Será un lenguaje nuevo, quizá totalmente arreligioso, pero liberador y redentor como el lenguaje de Cristo... Hasta entonces, la actividad de los cristianos será oculta y callada; pero habrá hombres que rezarán, actuarán con justicia y esperarán el tiempo de Dios. Que tú seas uno de ellos y que alguna vez pueda decirse de ti: "Mas la senda de los jus-

tos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto" (Prov 4,18)"⁷.

Yo estoy seguro de que todos conocemos a personas y a grupos cristianos sin especiales atributos, incluso sin nombre, cuya manera de vivir está haciendo presente a Dios y su amor y difunde así el buen aroma de Cristo, hace más creíble el nombre cristiano y, de ese modo, colabora en la transmisión en nuestro tiempo del cristianismo. ¡Ojalá cada uno de nosotros sea uno de ellos!

⁷ *Resistencia y sumisión*. Sígueme, Salamanca, pp. 210-211